



Autor: Mayos Solsona, Gonçal

Obra: *Ilustración y Romanticismo : introducción a la polémica entre Kant y Herder*

Publicación: Barcelona : Herder, 2004

---

Contenidos: Circunstancias, hombres y pensamientos : A modo de Introducción (Páginas 13-24)

## CIRCUNSTANCIAS, HOMBRES Y PENSAMIENTOS: A MODO DE INTRODUCCIÓN

Tercer tercio del siglo XVIII, el tiempo parece acelerarse por momentos. El sistema del mundo newtoniano ya es indiscutible y la ciencia intenta extender su modelo a todos los ámbitos. La Tierra circunvalada ya bastantes veces muestra sus últimos secretos: Tahití, Tierra del fuego, etc. Occidente con plena conciencia de sí y muy seguro de sí mismo se impone política y militarmente allí donde pone los pies; paralelamente construye una filosofía digna de su orgullo y de la visión del mundo que quiere convertir en planetaria. Una revolución en las colonias angloamericanas rompe las viejas reglas del juego socio-político y parece anunciar a los espíritus atentos a los nuevos tiempos una más dramática y sangrienta revolución en el centro del mundo: la vieja Europa, Francia, París.

Todo parece reclamar el desarrollo de un nuevo género filosófico, en cierto sentido el más ambicioso de todos: una filosofía de la historia entera de la humanidad que, aunque se proyecte hacia el más antiguo pasado, haga justicia a un presente esplendoroso en cambio acelerado. Por

eso y porque así lo reclama el espíritu de la época, exige proyectar ese pasado y presente hacia la meta de un futuro que se quiere próximo y que tiene que culminar las esperanzas y proyectos de la humanidad.

No se trata de un reto baladí sino exigido por la fuerza y la ambición del momento. Ahora bien, a pesar de que el mundo futuro se está construyendo sobre todo en la Gran Bretaña y sus ex-colonias atlánticas, y el gran conflicto del momento se está fraguando en Francia, el nuevo género filosófico que reclama el siglo, aunque bautizado por Voltaire «filosofía de la historia», sólo será plenamente llevado a cabo en Alemania y con la significativa adjetivación de «u n i v e r s a l». El pueblo alemán, relativamente marginado tanto de la revolución comercial e industrial burguesa como de su correspondiente batalla político-social más violenta, parece obligado a abocarse a pensar la revolución, a extender sus potencialidades, esperanzas y sueños al marco totalizador de la historia universal del género humano. Pensar la humanidad surgiendo, en el fondo de los tiempos, de su naturaleza animal hasta escalar su emancipación racional en un proceso que parece entrever su meta no muy tarde en el futuro.

Ahora bien, dos mentalidades y dos ricas perspectivas cosmovisionales se enfrentan para concretar y teñir a partir de sus valores e ideales a esa visión omnicomprendensiva de la humanidad en su desarrollo histórico. Se proponen definir los parámetros desde los que debe ser pensada, narrada, explicada y, finalmente, completada hasta sus últimos aspectos. Se trata, por una parte, del floreciente movimiento de la Ilustración que, no lo sabe aún, pero está culminando sus mejores momentos e inicia ya la inevitable inflexión

hacia su decadencia. Y, por otra parte, del muy incipiente movimiento del Romanticismo, el cual se alza contra aquel otro por entonces orgullosamente dominante y, con un entusiasmo formidable, carga en su contra criticando y subvirtiendo sus grandes principios, ideales, límites y marcos mentales.

Una gran parte de la tarea es colectiva; una infinidad de pensadores tan lúcidos como fascinados por sus ideales se afanan en desarrollar ideas de futuro e imaginar las legitimaciones más indiscutibles. Pero el gran andamiaje especulativo y la ejecución del gran esquema de la filosofía de la historia universal queda finalmente encargado a dos filósofos de gran profundidad y de personalidad muy contrastada (prácticamente tanto como los movimientos a que representan): Kant, que vive –como la Ilustración– su momento culminante como pensador, quizás ya decayendo desde la cima de la *Crítica de la razón pura*, y Herder que –como el Romanticismo– es todavía un advenedizo con talento y suerte, pero que también –como muchos románticos– pronto se verá condenado a un trágico revés de la fortuna. Es una apasionada batalla afortunadamente incruenta, pero llevada a cabo hasta el agotamiento de las fuerzas e, incluso, de los ideales, hasta el último argumento y la penúltima inventiva. Ciertamente y aún más que como le sucede a la Revolución francesa, ni Kant ni Herder concluyen el enfrentamiento, pero –después de ellos– el futuro casi ya no se parecerá en nada al pasado y estará más abierto que nunca.

Por ello, y con independencia de sus avatares biográficos y de la suerte inmediata de que gozaron, quedan sus pensamientos perfectamente dispuestos para defensa de su

opción filosófico-vital y como trampolín para todo aquel que quiera pensar creativamente hoy o comprender su tiempo. Desde la actual época de la globalización, es importante comprender los primeros verdaderos intentos de globalizar la condición humana, su desarrollo histórico y el sentido filosófico-especulativo de todo ello. Kant y Herder en gran medida sintetizan y enlazan con la mentalidad europeo-occidental en el inicio de su global expansión por toda la Tierra. Quizás no captaron del todo (porque no pudieron vivirlo) el complejo y sangrante proceso de colonización mundial, ni aún menos, la integración cultural (entre liberadora y colapsadora) que Internet y la sociedad de la comunicación hacen posibles, pero ya hablaron desde una perspectiva tan amplia que nos ofrecen profundas propuestas para todo ello. Kant y Herder anticiparon, como pocos, los actuales conflictos en torno a la diversidad, la multiculturalidad y los comunes derechos humanos, entre la imperiosa necesidad para dirigirse a toda la humanidad sin excepción (incluyendo las generaciones futuras que deberán heredar nuestro mundo tal como lo dejemos) y la necesidad de hablar con absoluta sinceridad desde la propia circunstancia e ideal vital.

En la actualidad percibimos sin ninguna duda que el conflicto con el otro (sea al nivel que sea) se convierte en inevitable y precisa aún más de imperiosa superación a medida que la Tierra muestra su limitación y todos los humanos –vivan donde vivan– entran en directa relación. Pero condición para superar o tratar democráticamente el conflicto con el otro es ser capaz de pensar la naturaleza, el origen, el sentido y el valor del otro, aún más: «de lo otro», es decir de su alteridad precisamente en la medida

que es diferente u opuesto a lo propio. Y para ello es imprescindible un pensamiento tan global y radical como para dejar espacio conceptual a lo otro, así como para relativizar o desdramatizar lo propio. La filosofía de la historia, ese género que tan bien ejemplifica las ambiciones de un tiempo pasado –aparentemente–, se convierte en clave para ello por dos motivos: En primer lugar, proyecta su mirada de la manera más amplia sobre el conjunto de la evolución humana (con lo cual nada humano nos puede ser ya realmente ajeno). Y en segundo lugar, pone de manifiesto la alteridad contenida y constituyente de la propia tradición (con lo cual pone de manifiesto concluyentemente que lo propio no es eterno y que, en gran medida, también nos es ajeno si lo consideramos desde el desconocimiento o la ingenuidad).

Ciertamente, la humanidad no ha percibido con facilidad ni su riqueza ni su alteridad interna. Por eso y todavía más, le ha costado captar su historicidad, es decir que todo lo humano, sus creaciones, productos y elucubraciones, sus sociedades, organizaciones y culturas son acontecimientos históricos con una dimensión temporal tan inevitable como constitutiva. Al contrario, ha tendido a considerar como esenciales y, por tanto, eternos los trazos y aspectos dominantes en cada momento. Con ese etnocentrismo tan característico de nuestra especie, cada pueblo (por pequeño que fuese) tendía a identificarse como la humanidad y a determinar lo humano conforme a sus más particulares realidades, deseos y expectativas. Por ello, si ya era muy difícil reconocer la evolución presente en su propia tradición y cultura, mucho más lo era reconocerla en el ideal de la humanidad que a su particular imagen y sem-

blanza se habían construido frente a otras culturas, y ya no digamos en la evolución del conjunto de las especies, de la vida y del universo mismo. Miles de años antes que las teorías de Darwin o de la evolución del universo a partir de una primera gran explosión de energía, todas aquellas ideas resultaban tan impensables como perseguidas cuando se insinuaban. Sin duda constituía una gran fuerza de subversión, de humildad y de reconocimiento de la diversidad, la idea de la historicidad de lo humano, que evidentemente incluía todo lo que se consideraba más propio.

¿Qué pequeños, parciales y limitados eran los propios dogmas (o lo que algunos durante un lapso de tiempo consideraron como tales) si incluso el ser y la Naturaleza devenían históricamente en un inmenso proceso que integraba y relativizaba a todos los pueblos, culturas y civilizaciones? Pues bien, las grandes filosofías especulativas de la historia de finales del XVIII se plantearon por primera vez y de la manera más amplia tal pregunta, y comenzaron un largo proceso de sacar las conclusiones oportunas que todavía hoy no hemos terminado. Animaba su entusiasmo y parecía protegerles del pánico que tal empequeñecimiento ante la historia habría de provocar su confianza en la humanidad, pero también un cierto e inevitable etnocentrismo, el orgullo y vanidad por los progresos que la Modernidad occidental había llevado a cabo en los últimos siglos, así como la evidencia que su saber y modo de vivir les permitía imponerse—si bien más por la fuerza que pacíficamente—en todo el globo terrestre (la globalización actual comenzó precisamente entonces). Pero ello no tiene que empequeñecer nuestra percepción del gran reto que asumieron, así como la amplitud de miras (ciertamente más

metafísicas y políticas que científicas) con que lo plantearon. Seguramente valoramos aquellas filosofías más en su justa medida si constatamos la actual debilidad del pensamiento, de la filosofía, de la política e incluso de la ciencia que no acaban de atreverse a desarrollar perspectivas tan amplias como las de las filosofías especulativas de la historia. Tales marcos globales de sentido continúan siendo una exigencia humana, y no sólo para la gente en general sino también para los «expertos» en los distintos saberes especializados.

Pero, como hemos dicho, el camino para que algo así como la filosofía de la historia fuera posible no ha sido fácil. En un principio y etimológicamente «historia» significa simplemente «narración». Quería ser narración de lo que pasa o de lo que pasó, pero ese pasar era visto desde la perspectiva de la eternidad, de lo permanente e incambiable, de una naturaleza que permanece siempre igual por debajo de los cambios de lo meramente superficial y de lo aparente. Fueron precisos milenios para que la humanidad se hiciera consciente que, dada la naturaleza temporal, cambiante y tendente a caducar de «lo que pasa», su «narración» podía (Kant y Herder dirían: «tenía necesariamente que») ser llevada a cabo como un proceso, un devenir, un desarrollo, una trama en evolución interna que definiera el gran conflicto implícito «en lo que pasa», lo desarrollara complejamente hasta abocar a un desenlace que diera sentido a todo ello, mostrando el fin a que tendía. Pues bien, este planteamiento sólo fue posible y se impuso mayoritariamente con los pensadores que aquí estudiamos y sus filosofías especulativas de la historia; de hecho dedicamos la segunda parte del libro a exponer su

común –en el fondo– manera de pensar la totalidad de «lo que pasa».

\* \* \*

Precisamente porque valoramos la dificultad y radicalidad de su intento de comprender el sentido del conjunto de la evolución de la humanidad, nos atrevemos aquí con un muy complejo experimento: comparar el pensamiento de Kant y Herder como modélicos –respectivamente– de la Ilustración y el Romanticismo. Ciertamente nos centraremos en la contraposición de las filosofías de la historia de Kant y Herder pero recalando que, cada una por su cuenta, culminan la Ilustración y el Romanticismo, mientras que en conjunto son la base primordial de las filosofías especulativas de la historia del Idealismo alemán (en especial las de Fichte y Hegel). Aunque tradicionalmente a cada uno de ellos se le ha considerado como representante cualificado del movimiento que representa, es evidente que no todo lo que seguidamente veremos en estos pensadores se puede asimilar o trasladar directamente a los movimientos en que se inscriben. Pues se trata de pensadores creativos, auténticos clásicos de la filosofía (y Herder también de la literatura) y, por tanto, van a la vez más allá de su época para hablar a toda época. Por ello nos hemos esforzado en distinguir cuándo hablamos simplemente de sus posiciones teóricas y cuándo explícitamente los ponemos como ejemplo y portavoces de algún movimiento o parte de él. Rogamos al amable lector que tenga en cuenta este hecho.

A diferencia de la mayor parte de los intérpretes, hemos evitado con gran cuidado tomar partido acrítica y globalmente por uno de los filósofos y movimientos considerados (siempre en detrimento del otro, claro está). Sabemos que representan mentalidades y perspectivas claramente opuestas y muy representativas de su época, así como también, vistos desde la actualidad, aún representan dos maneras opuestas y todavía muy vivas de pensar. Pero hemos considerado que el buen fin de nuestro análisis se basaba en mantener una clara distancia crítica que intente valorar a ambos pensadores y los movimientos culturales asociados con toda su complejidad y ambivalencia. Ello no significa que evitemos las críticas o soslayemos las valoraciones, pero sí que éstas se harán en función de la argumentación aducida en cada caso y no por una toma de partido previa. Nos ha parecido que esto último es demasiado habitual cuando se consideran a Kant y Herder. Pues su polémica y absoluta oposición parece transmitirse muy fácilmente a sus intérpretes y comentaristas, haciendo que se dividan en dos «partidos» irreconciliables y, a veces, incapaces de reconocer el mínimo mérito al «bando» contrario.

Ciertamente y de manera indiscutible, Kant es mayoritariamente mejor valorado que Herder, pero también es verdad que éste cada vez más vuelve a gozar de una entusiasta minoría de partidarios acérrimos. Y lo más significativo y grave del asunto es que en estos dos desiguales partidos se puede observar normalmente que las críticas y los elogios dedicados a uno mantienen una relación inversamente proporcional con los dedicados al otro. De tal manera que, tanto por parte de los partidarios de Kant como por parte de los de Herder, cada uno es visto como la «otra

cara absoluta» del otro. Desde nuestra muy consciente distancia crítica, no negaremos este «claroscuro» sino que lo potenciaremos, pero en todo momento evitando tomar partido de manera «mecánica» o predeterminada en favor de uno de ellos o los movimientos culturales que representan. En cambio, dispondremos con rigor sus oposiciones para que destaquen tanto como sus profundas similitudes, facilitando que así el lector se haga su propia opinión.

Hemos dividido nuestro trabajo en cuatro partes: la primera presenta a los autores y expone cómo plantearon ellos mismos su polémica. Se trata de definirlos en una especie de «claroscuro» general y situarlos en su contexto. La segunda parte estructura el modelo nuclear común de filosofía de la historia que comparten tanto Kant y Herder como la Ilustración y el Romanticismo. Sin olvidar los temas más importantes de la confrontación ponemos el énfasis en los puntos comunes que los unen por encima de sus diferencias. La tercera parte, compara a Kant y Herder como ejemplos de la Ilustración y el Romanticismo, desarrollando sistemáticamente cada uno de sus puntos de enfrentamiento. Allí se muestra pormenorizadamente cómo, a pesar de tener un núcleo común, su opinión es diversa, ejemplificando el enfrentamiento entre Ilustración y Romanticismo. En una más breve parte final hemos expuesto –más a vista de pájaro o en un análisis de *longue durée*– el papel esencial jugado por Kant y Herder, o especialmente por la Ilustración y el Romanticismo en la deriva filosófica y mental que conduce desde el origen de la Modernidad hasta nuestros días. Para ello nos hemos centrado en la progresiva radicalización del proceso de subjetivación moderno. Finalmente, en un muy breve epílogo hemos sinte-

tizado un último apunte del significado que desde hoy (precisamente en el bicentenario de su muerte) tienen estos dos grandes filósofos unidos (y separados) también en el momento de su muerte: Herder el 12 de diciembre de 1803 y Kant el 12 de febrero de 1804.

### NOTA SOBRE LA BIBLIOGRAFÍA

Las obras principales de filosofía de la historia sobre las que se basa nuestro estudio las citamos simplemente por las siguientes abreviaciones más el número de página según la traducción castellana que usamos y consignamos de manera completa en nuestra bibliografía final.

Así citamos a partir de la traducción de Eugenio Ímaz *Emmanuel Kant. Filosofía de la historia* abreviando «*Idea*» por *Idea de una historia universal en sentido cosmopolita*, «*¿Qué es ilustración?*» por *Respuesta a la pregunta: ¿qué es ilustración?*, «*Comienzo verosímil*» por *Comienzo verosímil de la historia humana*, «*Si el género humano*» por *Si el género humano se halla en progreso constante hacia mejor*, y «*El fin*» por *El fin de todas las cosas*. Por la traducción de Emilio Estiú de *Inmanuel Kant. Escritos de filosofía de la historia* citamos abreviando «*Recensiones*» a las recensiones que realiza Kant *Sobre el libro «Ideas para una filosofía de la historia de la humanidad» de J. G. Herder*. También citamos *La paz perpetua* por la traducción de Javier Alcoriza y Antonio Lastra en su selección *I. Kant. En defensa de la Ilustración* y con la abreviatura «*Pedagogía*» la traducción de Lorenzo Luzuriaga de los escritos «*Sobre pedagogía*» en *Kant, Pestolazzi y Goethe: Sobre educación*. Finalmente la *Crítica de la*

*razón pura* la citamos simplemente y como es el uso habitual por las letras mayúsculas A o B según se trate de la primera o segunda edición seguida del número de página.

Por lo que respecta a las obras principales de Herder usamos la traducción de Pedro Ribas con la abreviatura «*Otra filosofía*» para citar *Otra filosofía de la historia para la educación de la humanidad* y «*Metacrítica*» para *Una metacrítica de la crítica de la razón pura*. Y citamos por la traducción de J. Rovira Armengol con la abreviatura «*Ideas*» a *Ideas para una filosofía de la historia de la humanidad*.

Finalmente las restantes obras las citamos, o bien dando la información bibliográfica completa si es esporádica, o bien, cuando es más habitual, simplemente por el nombre del autor y el número de la página, remitiendo a la bibliografía final para los datos restantes. Y cuando haya más de una obra de ese autor le añadiremos el año de publicación de la edición usada.